

Entre chicas, dílers y adivinos: una revisión de la narconarrativa mexicana

Gerardo Castillo Carrillo

INTRODUCCIÓN

Producto de un mercado y de un crecimiento económico global, el tráfico de drogas ha generado un sinfín de obras literarias y de investigaciones periodísticas que dan cuenta de los motivos, procedimientos e incógnitas de esta actividad. La literatura mexicana del narcotráfico, a partir de la última década, se caracteriza por narrar una excesiva violencia y una visión fallida del Estado por contrarrestar al crimen organizado. Si bien es cierto que hay una recreación ficticia de este fenómeno, esta narrativa atestigua y explora, desde los personajes –capos, policías, políticos, periodistas y sicarios–, el contexto político, social e histórico del México contemporáneo.

En la narrativa mexicana, el tópico del narcotráfico ha sido tratado con poca regularidad y de forma más reciente. Sin embargo, en la década de los noventa, escritores como Paco Ignacio Taibo II, con *Sueños de frontera* (1990), Élmer Mendoza, con los relatos de *Cada respiro que tomas* (1991), Víctor Hugo Rascón Banda, con *Contrabando* (1991), Gonzalo Martré, con *El cadáver errante* (1993), Gabriel Trujillo Muñoz, con *Mezquite Road* (1995), Gerardo Cornejo, con *Juan Justino Judicial* (1996), Leónidas Alfaro Bedolla,

con *Tierra Blanca*, entre otros, han planteado, desde la ficción, una singular radiografía sobre las complejidades que presenta esta actividad.

Generalmente, los relatos y las novelas con esta temática se centran en evidenciar la corrupción sistemática del poder político y judicial a manos del narcotráfico. Un rasgo característico de la narconarrativa mexicana es su estrecho vínculo con el género negro.¹ Así lo demuestran obras como *Naufragio* (1991), *Tabaco para el puma* (1996) y, sobre todo, *Tijuana Dream* (1998), todas de Juan Hernández Luna. En estas novelas, el autor se aleja ya de la narrativa policiaca tradicional para reflexionar sobre los aspectos sociales, culturales y políticos que modifican el espacio urbano, del cual emergen otro tipo de personajes marginales, característicos de la novela negra. Asimismo, obras como *Tijuana City Blues* (1999), *Turbulencias* (1999) y *Descuartizamientos* (1999), de Gabriel Trujillo Muñoz, exponen una visión particular de la vida y la delincuencia en la frontera, sin perder la temática policial; también muestra una descentralización territorial, que amplía la perspectiva social del país.

ANTECEDENTES INMEDIATOS: EL GÉNERO POLICIAL Y LA NOVELA POLÍTICA

Mempo Giardinelli refiere que la novela negra escrita en Latinoamérica no

¹ El gran auge que ha tenido el género policiaco y negro en la literatura mexicana ha marcado una evidente influencia en nuestra narrativa con temática criminal como el narcotráfico. No es casualidad que Élmer Mendoza, considerado por cierto sector de la crítica como el precursor de la narconarrativa en nuestras letras, tenga como personaje emblemático al incorruptible agente Edgar “El zurdo” Mendieta y que en tres de sus novelas sea, además del protagonista, el encargado de investigar a todos los criminales que son sospechosos de traficar, asesinar o corromper. Véase Rodríguez Lozano, Miguel G. “Huellas del relato policial en México”, en *Anales de la literatura Hispanoamericana*, Madrid, Universidad Complutense, 2007, vol. 36, pp. 59-77.

puede evitar temas de carácter social, político o ideológico, además del crimen llevado a cabo o solapado por las instituciones de gobierno, debido a los inoperantes aparatos estatales y a la creciente desigualdad social que caracteriza a nuestro continente, pero también, agrega, existe una marcada tradición narrativa que constantemente incorpora estos tópicos a nuestra literatura,² a diferencia del género negro estadounidense, que comúnmente sólo se ocupa de asuntos como el dinero y el poder, pues en su población hay una patente credibilidad tanto en su gobierno como en sus instituciones.

Otro factor del género negro, que también influye en la narconarrativa, es la creación de personajes “duros”, provenientes del mundo criminal. Generalmente, son contestatarios y con un amplio conocimiento del funcionamiento del sistema político. Por tal razón, son capaces de transgredir la ley sin miramientos, aunque muchos de ellos tienen debilidades y no son infalibles. Los personajes del género negro son, en absoluto, opuestos a los de la novela clásica policiaca. De hecho, los primeros poseen un perfil psicológico más “duro”, acorde con la realidad social que en la mayoría de estos relatos se describe. Este rasgo tendrá una gran influencia en géneros sucesores, como en el caso de la narconarrativa mexicana.

Otro aspecto que, sin lugar a dudas, se debe considerar es que todo texto es inseparable del sistema social, cultural y económico al que pertenece: “Por esta razón, podría decirse que el texto literario es una producción ‘contaminada’ por múltiples posiciones y visiones de mundo, correspondientes a ciertas prácticas sociales enmarcadas dentro de lo

² La novela de la revolución, la indigenista y la propia literatura del boom retomaron, con bastante regularidad, temas corte social, político, cultural, etc. Esta constante ha influido en la tradición literaria de América Latina, que también retoma el género negro, y, por supuesto, de igual forma las denominadas narconarrativas.

ideológico.”³ Con base en lo anterior, podemos afirmar que el género negro aborda conflictos que padece la sociedad; que, igualmente, la literatura del narcotráfico incorpora en su narrativa dichos aspectos.

Hacia la década del dos mil, novelas como *Nostalgia de la sombra* (2002), de Eduardo Antonio Parra, *Mi nombre es Casablanca* (2003), de José Juan Rodríguez, *No me da miedo morir* (2003), de Guillermo Munro, y *Tiempo de alacranes* (2005), de Bernardo Fernández, se caracterizan por cuestionar, dentro de su universo narrativo, valores como el poder, el dinero o la corrupción, aspectos ligados con el tráfico de drogas. Además, algunos personajes centrales de estas obras serán narcotraficantes, matones a sueldo, políticos y policías corruptos.

Pero, sin lugar a dudas, es Élmer Mendoza quien ha tenido gran éxito dentro del mercado literario nacional, con novelas como *El amante de Janis Joplin* (2001), *Balas de Plata* (2008), *La prueba del ácido* (2010) y *Nombre de perro* (2012). Mendoza ha sido el mejor promotor⁴ de esta cultura. Sin embargo, su obra literaria relacionada con el narcotráfico está más orientada al corte policiaco y negro. Opinamos que sus aportaciones más importantes a las letras hispánicas son la exploración del lenguaje cotidiano, particularmente del norte del país, y la estructura narrativa de su obra.

Quizá el norte de México es la región –la comercialización y control territorial de drogas, al menos en nuestro continente, siempre se da hacia el norte– que más interés ha mostrado en analizar el problema del narcotráfico,

³ Giardinelli, Mempo. (1996). *El género negro*, México: Uam, p. 242.

⁴ El éxito que hasta la fecha sostiene la novela de Arturo Pérez-Reverte, *La reina de sur* (2002), se debe, en gran medida, a Élmer Mendoza, ya que, por boca del propio Pérez-Reverte, el escritor sinaloense le facilitó la historia, los contactos y las claves para contar la vida de Teresa Mendoza López. Este hecho ha motivado que a Élmer Mendoza se le conozca como novelista del narcotráfico, aunque creemos que es más un promotor de esta cultura.

aunado a temáticas como la migración, la pérdida de identidad, la nostalgia, etc. Autores como Élmer Mendoza, Yuri Herrera, Víctor Hugo Rascón Banda, Juan Pablo Villalobos, Luis Felipe Lomelí, Heriberto Yépez, entre otros, han escrito sobre el tráfico de estupefacientes y las consecuencias que desencadena esta actividad: violencia, muerte, corrupción, poder, etc.

Consideramos que es lógico que la producción literaria del norte explore, como parte de su creación narrativa, este asunto, que forma parte de su espacio y su acontecer diario. Sin embargo, escritores como Carlos Fuentes, Homero Aridjis, Bernardo Fernández, Víctor Ronquillo, Guillermo Rubio, Sergio González Rodríguez, entre otros, también han abordado esta problemática como parte de una realidad ineludible que está presente en todo México.

De igual forma, se debe considerar que otra influencia que manifiesta la literatura del narcotráfico, al menos en México, proviene de la llamada novela política.⁵ Este tipo de narrativa se caracteriza por recrear, desde la ficción, sucesos del poder político que han marcado la historia de nuestro país. *La sombra del caudillo* (1929), de Martín Luis Guzmán, constituye el antecedente más conocido de esta corriente literaria y representa la mejor muestra de cómo los ideales revolucionarios se erigen de manera turbia desde el poder. Asimismo, *La muerte de Artemio Cruz* (1962), de Carlos Fuentes, evidencia que la revolución corrompió a los hombres que participaron en ella y que ésta, además, fue un medio para perpetuarse en el poder. De manera semejante, en *La silla del águila* (2002) y en *Adán en Edén*

⁵ Esta corriente literaria, también denominada *novela del dictador*, se ha desarrollado en el resto de América Latina. Sobresalen ejemplos como *El señor presidente* (1946), de Miguel Ángel Asturias, *Yo el supremo* (1974), de Augusto Roa Bastos, *El otoño del patriarca* (1975), de Gabriel García Márquez, *Conversación en La Catedral* (1969) y *La fiesta del chivo* (2000), de Mario Vargas Llosa, y *El seductor de la patria* (1999), de Enrique Serna.

(2009), Fuentes expone cómo los distintos círculos del poder saquean, corrompen y violentan el país sin reparo. En ambas novelas, el novelista analiza las relaciones políticas, sociales y delictivas con las estructuras del gobierno mexicano, demostrando así el fracaso de nuestro Estado.

Por su parte, Héctor Aguilar Camín también ha examinado los entretelones del poder político y presidencial. En novelas como *Morir en el golfo* (1985), *La guerra de Galio* (1990) y *La conspiración de la fortuna* (2005), narra, desde una perspectiva histórica, distintas etapas del acontecer político de México –el movimiento estudiantil del 68, la guerrilla, el cierre del periódico *Excélsior* y las sucesiones presidenciales. En ellas, examina las ambiciones y las conspiraciones de las oligarquías –caciques, líderes sindicales, secretarios de estado, crimen organizado– por preservar el poder. En su narrativa política, Aguilar Camín realiza una radiografía moral del régimen oficial y, sobre todo, cuestiona el fallido sistema político que nos gobierna. Bajo este contexto, podemos aseverar que la narrativa del narcotráfico retoma problemáticas de índole política en sus tramas, puesto que el crimen organizado está regularmente asociado con los cotos del poder político. Asimismo, se debe considerar que los grandes jefes del narcotráfico, al amasar grandes fortunas monetarias, también se han convertido en una nueva élite del poder.

Cabe precisar que estos rasgos de índole política están presentes en la narrativa del narcotráfico que nos interesa analizar, por ejemplo, *Contrabando*, *El vuelo*, *La prueba del ácido*, *Fiesta en la madriguera*, etc. En estas obras, el sistema oficial corrupto al que se alude está subordinado a las reglas que los cárteles de la droga establecen, dejando claro que un nuevo

orden político-económico impera. Un claro ejemplo de lo anterior lo podemos observar en *El vuelo*: “Vendieron tanta cocaína y marihuana que compraron la cantina donde se originó el negocio. Eran generosos, *si les convenía repartían dinero a diestra y siniestra*, y Lamberto le dio por ayudar en obras pías, procurar matrimonios y saldar cuentas de viudas. *Los políticos comenzaron a buscarle para pedir consejo* y las señoras hicieron lo propio para presentarle a sus hijas casaderas. Tasaban los cuerpos vírgenes.”⁶ En este sentido, es importante apuntar que las novelas de nuestro *corpus*, que hacen referencia a cuestiones políticas, exhiben abiertamente la incapacidad de combate y control de las élites gobernantes en contra de los grupos delictivos, porque sus técnicas de legitimación son obsoletas, repetitivas y contradictorias para contrarrestar al hampa. Al respecto, el personaje Tochtli, de *Fiesta en la madriguera*, afirma: “Los políticos son personas que hacen negocios difíciles. Y no es que sean personas adelantadas, al contrario.

Eso dice Yolcaut, que para ganar millones de pesos no se necesita tantas veces repetir la palabra democracia.”⁷ De este modo, son indiscutibles los vínculos que existen entre los cárteles del narcotráfico y las instituciones públicas, que han generado una sociedad resentida y que, además, cuestiona todo lo que proviene del aparato político. Esta idea es una constante en todas las novelas que analizamos. Debemos decir que, al igual que en la novela de orden político, la figuras políticas que aparecen en la narconarrativa siempre están delineados de forma oscura o turbia. Por ejemplo, “El Señor”, de *El vuelo*, “El gober”, de *Fiesta en la madriguera*, o Adán Góngora, de *Adán en Edén*. Entre más alto sea el cargo que ostentan, su

⁶ González Rodríguez, Sergio. (2009). *El vuelo*, México: Mondadori, p. 14. Las cursivas son nuestras.

⁷ Villalobos, Juan Pablo. (2000). *Fiesta en la madriguera*, Barcelona: Anagrama, p. 26.

personalidad será más siniestra.

REVISIÓN CRÍTICA DE LA LITERATURA DEL NARCO

Distintos escritores y críticos especializados, consideran que la narrativa escrita en el norte de México ha revitalizado la tradición literaria del país. Entre ellos, destaca Eduardo Antonio Parra, quien, en “Norte, narcotráfico y literatura”,⁸ expone de qué forma ésta ha sido determinante para la renovación lingüística, temática y realista de nuestras letras. Además, asevera que si bien las obras producidas en esta región son sumamente coloquiales, no por ello dejan de ser poéticas, creativas e innovadoras. Asimismo, elude las reflexiones teóricas en el relato; evita deslumbrar al lector con historias o personajes eruditos que sólo buscan el lucimiento. Eduardo Antonio Parra enfatiza que los escritores del norte nunca han abordado al narcotráfico como tema. Al contrario, al ser una realidad histórica presente en el país es ineludible su representación literaria. Ahora, pese a lo que se piensa por cierto sector de la crítica, la narconarrativa, señala Parra, no únicamente se gesta en el norte; escritores del centro, como

⁸ En dicho artículo, Eduardo Antonio Parra rebate los argumentos esgrimidos en la revista *Letras Libres* por el crítico y escritor Rafael Lemus, quien hace una supuesta radiografía analítica sobre los motivos y circunstancias que originan la narrativa del narcotráfico. Para Lemus, este tipo de literatura no responde ni mucho menos teoriza sobre este fenómeno. Según él, es más el entusiasmo o la producción excesiva que las ganas de explicar la problemática del mismo. Además, asegura que toda la literatura norteña, indistintamente, escribe sobre narco, de lo cual no puede escapar. Lemus afirma que su artificio literario es poco creativo, redundante y carente de imaginación; abusan, en demasía, del coloquialismo y sus recursos son muy predecibles. Cita como ejemplo algunas obras de Élmer Mendoza, a las cuales califica de ser costumbristas o estar llenas de un realismo ramplón. Sin embargo, menciona que tal vez un acierto en ellas es que no denuncian. Es destacable también su gran tono humorístico. Lemus, Rafael. “Balas de salva. Notas sobre el narco y la literatura mexicana”, en *Letras Libres*, México, 30 de septiembre de 2005.

Yuri Herrera, Bernardo Fernández o Sergio González Rodríguez, han incursionado también en este tópico. Sin embargo, para los autores de esta región el narcotráfico resulta ser una actividad familiar, consustancial a su diario acontecer, donde la violencia y los códigos internos de los cárteles imperan socialmente. Por ello, asevera que todo ejercicio literario debe tener como principio implícito la indagación y la crítica.

En el mismo sentido, Diana Palaversich, en “La nueva narrativa del norte: moviendo fronteras de la literatura mexicana”, retoma algunos argumentos de Eduardo Antonio Parra. Menciona que sólo algunos escritores norteños han logrado tener el reconocimiento nacional e internacional; destaca el caso de Élmer Mendoza, David Toscana, Luis Humberto Crosthwaite, Parra, Rivera Garza, quienes paulatinamente han sido valorados por la crítica, los premios y los sellos editoriales. En contraste, el resto de los autores de esta región sólo han publicado en pequeñas e independientes casas editoras. Además, según Palaversich, el éxito de los escritores antes citados está relacionado con el *marketing* publicitario, que los ha promovido como el nuevo sabor de la “literatura mexicana”: “Mediante un dinámico sistema publicitario Tusquets vende al centro mexicano –y en mucho menor medida al mundo hispanoparlante– el norte mexicano como una novedad exótica caracterizada por los temas vendibles”, tales como el narcotráfico, las migraciones, la violencia y la frontera misma, ésta como espacio por excelencia de la hibridez cultural.⁹

Por supuesto que no se cuestiona la calidad literaria de los escritores promocionados por el ardid publicitario, sino, señala Palaversich, las

⁹ Palaversich, Diana. “La nueva narrativa del norte: moviendo fronteras de la literatura mexicana”, en *Symposium*, 2007, p. 11.

intenciones que tienen las editoriales trasnacionales al vender a la literatura nortea como un segmento homogéneo que sólo se ocupa por recrear temáticas unísonas, sin tomar en cuenta la variedad y riqueza estética de otros autores. Asimismo, la crítica literaria Eve Gil reprueba las etiquetas mercantiles –los *bordercurious*– que se les otorga, excluyendo al resto de los miembros.

Otro aspecto que Diana Palaversich también critica es que la mayoría de los escritores citados no viven en el norte. Algunos residen en la Ciudad de México y otros fuera del país. Este hecho supone la arbitrariedad con que se valora la literatura producida desde la frontera. De acuerdo con la crítica literaria, las características más acertadas de esta vertiente provienen de jóvenes ensayistas como Julián Herbert, Mayra Luna y Eve Gil, quienes, de manera muy puntual, describen sus rasgos distintivos y desmitifican los elementos exóticos que, por lo general, se promocionan. Destaca el análisis que realiza Herbert sobre la idea del sujeto nortea, el cual, por lo regular, se cree que es “un bato ontológicamente solo, un outsider, un loneranger intentando construir su identidad regional a punta de apremios y recuerdos”.¹⁰ Sin embargo, como bien señala Palaversich, ya no son efectivos, pues la globalización ha desequilibrado la relación jerárquica entre el centro y la periferia, estrangulando así “la mística insularidad del norte”. Además, Herbert remarca que la figura nortea no es un ente tangible u objetivo, al que el cliché, los mitos y los códigos han difundido como parte de su conducta e identidad.

En el mismo sentido, Mayra Luna critica la excesiva repetición temática

¹⁰ Cit. por Palaversich, en *ibid.*, p. 13.

de la literatura del norte. Arguye que esta fijación ha imposibilitado la difusión de la heterogeneidad y la falta de comprensión de una identidad norteña real. Por tal razón, considera que las categorías de escritor o literatura norteña sólo deben reservarse para aquellos que en su obra esté presente “la frontera, el narcotráfico, la vida nocturna y la violencia; el realismo y el uso de un lenguaje norteño cliché”. En otras palabras, Luna le da prioridad a las dominantes temáticas, no tanto a la zona geográfica.

En cambio, para Eve Gil el adjetivo norteño también es una forma del quehacer literario. Cuestiona abiertamente la idea de que la narrativa del norte sea parte de un sistema denominado literatura mexicana y que, torpemente, cierto sector de la crítica la considere una corriente regional, homogénea y diferente de la que se gesta en el centro del país.

Por su parte, María Eugenia de la O, en “Narcotráfico y Literatura”, explica que, desde la década de los noventa, aparecieron incontables novelas, artículos de investigación periodística, estudios antropológicos y sociológicos sobre el narcotráfico. Sin embargo, tal vez sólo la literatura ha logrado retratar los aspectos más sórdidos de esta actividad. Para algunos autores, la novelística del narco ha logrado representar con gran acierto la problemática social y cultural del país. Como ya anotábamos con antelación, la narrativa del norte es la gran precursora de esta tradición, pero paulatinamente se ha ido generalizando su incursión en el centro y también en el sur. Como ejemplo representativo, cita, una vez más, a Élmer Mendoza, quien en su obra expone de manera constante los coloquialismos del norte, en particular de Sinaloa, la migración hacia Estados Unidos y las vicisitudes del narcotraficante y los policías judiciales: “Los personajes de Mendoza

viven al margen de la legalidad y la aceptación social, que discurren a través de diferentes estadios de tiempo narrativo, lo que hace compleja la escritura de este autor. El espacio elegido permite explorar diversos fenómenos en el marco del incremento de la industria ilegal vinculada a las drogas y como parte de la historia local.”¹¹ Los personajes protagonistas de Élmer Mendoza, apunta María Eugenia de la O, en la mayoría de las ocasiones son seres marginales o antihéroes en busca de la redención, ante una sociedad en decadencia. Asimismo, afirma la autora que la obra del escritor sinaloense refleja cómo las estructuras sociales del narcotráfico son producto de la globalización económica y del alto consumo de drogas a nivel mundial. Desde esta perspectiva, la literatura contribuye al análisis y estudio de la narcocultura; facilita, además, el entendimiento y las implicaciones que en la actualidad tiene este fenómeno. De igual modo, María Eugenia de la O afirma que con la literatura del narco podemos conocer directamente los códigos, la conducta y los valores que rigen a este sector. A través del imaginario, podemos comprender la naturaleza de los narcocorridos, la religiosidad, su sentido de la estética, el comportamiento de los sicarios, las buchonas, la iglesia, los policías y políticos coludidos. En este mismo sentido, la crítica asevera: “Destaca la estructura de sentimientos de los implicados, ya sean víctimas o victimarios, y su paso por ciudades emblemáticas del fenómeno narco, como Tijuana, Saltillo, Mexicali, Ciudad Juárez, Matamoros, Culiacán y Nogales, lo que recupera el lenguaje y estilos de vida de los habitantes de tales ciudades, y el uso de modismos regionales o del culichi.”¹²

Para María Eugenia de la O, uno de los elementos destacables de la

¹¹ De la O, María Eugenia. “Narcotráfico y literatura”, en *Revista Desacatos*, enero-abril de 2012, p. 194.

¹² *Ibid.*, p. 195.

narconarrativa es la desmitificación que se hace del narcotraficante y la eficacia para recrear la personalidad, los actos y los espacios por donde transitan estos personajes, aunado a aspectos como el poder, la ostentación, la violencia, los sicarios, el trasiego de droga, las alianzas, los chantajes y demás tópicos que engloban el campo cultural de esta actividad. Por ello, para nuestra autora resulta imprescindible el tratamiento simbólico que realiza la literatura de este fenómeno social, fuera de sentimentalismos y mensajes moralistas: “Por eso celebramos que cada vez más los autores lo consigan sin panfletizar ni romantizar los hechos. Consulten los libros de no ficción y aprenderán datos duros sobre la violencia. Lean a Orfa Alarcón, Yuri Herrera, Juan José Rodríguez o Alejandro Almazán y entenderán lo que trato de expresarles y quizá hasta lo disfruten.”¹³ Rasgos que, de acuerdo con el análisis que realiza María Eugenia de la O, cumple con cabalidad el escritor Élmer Mendoza.

Por su parte, Howard Campbell, en “El narco-folklore: narrativas e historias de la droga en la frontera”, afirma que los traficantes de droga socialmente representan una amenaza, porque alteran el *statu quo*. Esto propicia que se genere una compleja subcultura alrededor de esta actividad. La figura del narcotraficante, asegura Campbell, es polisémica porque el imaginario colectivo lo visualiza como un bandido social, héroe trágico o nuevo rico, aunado al gran folklore e industria cultural que motivan: cine, música y entretenimiento en general: “La gran difusión de las historias del tráfico de drogas, y la popularidad de los narcocorridos, indican el grado en que los narcotraficantes son aceptados por el público en general como algo

¹³ *Ibid.*, p. 197.

normal, un aspecto usual de la vida en la frontera de los Estados Unidos y México.”¹⁴ Esta aceptación ha causado que disciplinas como la literatura también se ocupen por recrear, desde la ficción, este fenómeno. Asimismo, Campbell menciona que muchas de las veces el folklore popular suele recoger, contar o divulgar historias sobre narcotraficantes, las cuales tienden a ser poco esquemáticas al ser narradas, pero se caracterizan por cinco aspectos básicos: relatos de iniciación, de confesión, de alarde, de prevención y de horror o violencia. En este sentido, según el autor, este tipo de narrativas son “construidas y constructivas”, o sea, están expresadas desde marcos discursivos reales y pueden traer consecuencias para el individuo que las cuenta desde su posición social. Sin embargo, se debe destacar que, ante todo, se trata de ilustrar un proceso cultural, que es retomado, principalmente, por la industria del entretenimiento.

De igual modo, Alejandro Orozco y Villa, en “Literatura del narco: los detalles pendientes”, considera que *Trabajos del reino*, de Yuri Herrera, es la novela que más retrata los intrínquilis de esta actividad criminal. Además, destaca que el texto está escrito con una prosa y estilo narrativo preciso. Asimismo, arguye que la obra evidencia cómo el narcotráfico se ha infiltrado en todas las capas sociales, desde los organismos institucionales hasta las profesiones más nobles. Por ejemplo, en el relato están presentes personajes tales como *El Artista*, *El Periodista*, *El Doctor*, *El Padre*, quienes están al servicio de El Rey o jefe máximo del Cártel o reino. En el mismo sentido, para Orozco y Villa la novela *Contrabando*, de Víctor Hugo Rascón Banda, representa otra muestra fiel de la relación pobreza-narcotráfico, la cual

¹⁴ Campbell, Howard. “El narco-folklore: narrativas e historias de la droga en la frontera”, en *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 2007, vol. 16, núm. 32, p. 50.

evidencia la fragilidad que padecen las comunidades rurales de México ante el embate y poder de esta actividad, además de la complicidad e ineptitud de las autoridades. Al respecto, opina de los aspectos que se destacan en la obra:

La novela, influenciada en estilo por Yáñez y Rulfo, devela el dramatismo que enfrentan pueblos y rancherías cuando el tráfico de narcóticos se convierte en la única alternativa viable para que sus habitantes puedan subsistir económicamente. *Contrabando* –en cuyo interior, cohabitan géneros como el teatro, el cuento y el corrido– delata la nula capacidad de las autoridades locales para enfrentar el crimen, así como las arbitrariedades perpetradas por judiciales y otras corporaciones centrales en perjuicio de la población más vulnerable.¹⁵

De esta forma, la violencia, la muerte y el terror que genera el tráfico de drogas en la población de Santa Rosa, espacio donde transcurre el relato, se vuelve una de las principales características que destaca Rascón Banda en *Contrabando*. De manera semejante, Orozco y Villa compara las novelas de Herrera y Rascón con *El poder del perro*, obra del escritor estadounidense Don Winslow, en la que, una vez más, se destaca la enorme impunidad institucional que rodea esta actividad y el gran crecimiento que ha tenido el narcotráfico bajo el contexto de la economía transnacional, asociado, por supuesto, a la industria cultural y al alto consumismo que permea este negocio.

Alejandro Orozco y Villa solicita que la narrativa mexicana del narcotráfico deje a un lado aspectos recurrentes, como el santo Malverde, “las hebillas o el acordeón”, y profundice en las pungas internas que tienen los cárteles; que aborde la compleja cadena de jerarquías e intermediarios;

¹⁵ Orozco y Villa, Alejandro. “Literatura del narco: los detalles pendientes”, en *Animal Político*, octubre de 2012, p. 6.

que analice el núcleo familiar y qué rol desempeñan las mujeres dentro de estas organizaciones. Además, puntualiza, falta todavía crear personajes con una mayor fuerza psicológica, para que develen cuál es la naturaleza que motiva a estos individuos a ejercer la criminalidad como única alternativa de vida. En suma, es necesario delinear un perfil más profundo sobre los extractos sociales de procedencia, así como exponer la incursión de empresarios, políticos de alto nivel y expertos financieros en este ambiente, marcado por una extrema violencia, pero con incomparables dividendos monetarios.

Gabriela Polit Dueñas, por su parte, en *Narrating Narcos-Narrando Narcos*, establece un profundo análisis sobre esta cultura, centrada en dos ciudades representativas de esta actividad: Culiacán y Medellín. Ambas urbes se caracterizan por ser altamente peligrosas y tener gran influencia en otros espacios, debido a los poderosos cárteles que operan desde estas regiones. Polit Dueñas sustenta su trabajo en las aportaciones de Walter Benjamin y Pierre Bourdieu, para demostrar que la narcocultura es un fenómeno social que, poco a poco, se ha ido arraigando en todos los sectores. Recurre a entrevistas –de artistas visuales, músicos, escritores, testimonios de familiares, etc.– para construir una visión polifónica de este mundo. Asimismo, Polit Dueñas explica cómo el narcotráfico fue evolucionando en estas ciudades. En Culiacán, por ejemplo, la droga ha sido cultivada desde hace más de un siglo y comercializada por los serranos, quienes aparecen como protagonistas en los primeros narcocorridos. En cambio, en Medellín el tráfico de la cocaína es prácticamente un hecho reciente y la figura del sicario –jóvenes pobres de las comunas o barriadas– emerge de manera conjunta

con el auge del negocio. El estudio de la autora demuestra que, si bien es cierto que en ambas metrópolis el comportamiento, la psique y el modo de ejercer el negocio es distinto, la finalidad siempre es la misma: “coronar” o “colocar” la droga en el mercado.

En Colombia, la literatura del narco ha tenido una trayectoria diferente a la mexicana. Novelas emblemáticas, como *La virgen de los sicarios* (1994), *Rosario Tijeras* (1999) y *Delirio* (2004), forman parte ya del canon literario latinoamericano. Asimismo, han sido realizadas con gran éxito comercial para el cine y la televisión. Además, la figura mediática de Pablo Escobar ha sido motivo de innumerables estudios sobre su perfil psicológico, sus conexiones y las repercusiones sociales que generaron sus actos en la población. En el campo de la ficción narrativa, de igual modo su presencia sigue siendo motivo de bastantes obras. Entre ellas, destacan *Happy Birthday, Capo* (2008), *El ruido de las cosas al caer* (Premio Alfaguara 2011), *Cierra los ojos princesa* (2012), entre otras.

Otro factor, distinto a nuestras letras, es el surgimiento de la denominada novela sicaresca. Esta narrativa toma como personaje central al sicario, generalmente proveniente de barrios marginados. Son contratados para ajustar cuentas, asesinar y formar parte de la seguridad de los grandes cárteles. *La virgen de los sicarios* y *Rosario Tijeras* son los ejemplos más representativos de esta vertiente. Sus antecedentes se encuentran en los escuadrones que contrataba Pablo Escobar para ejecutar sus operaciones. En el cine, se considera a la película *Rodrigo D. No futuro* (1989) como la precursora de este género; en la literatura, a la novela *El divino* (1986), de Gustavo Álvarez Gardeazábal. La extremada violencia es la temática

predominante en este tipo de relatos, aunado a la muerte prematura de sus protagonistas. La ciudad de Medellín es el espacio más recurrente: el desplazamiento social provoca que miles de jóvenes de escasa edad se enrolen en esta actividad como único medio de sobrevivencia.

IDEOSEMAS REPRESENTATIVOS DE LA NARCONARRATIVA MEXICANA

Novelas como *Trabajos del reino* (2004), de Yuri Herrera, *Contrabando* (2008), de Víctor Hugo Rascón Banda, *El vuelo* (2008), de Sergio González Rodríguez, *Fiesta en la madriguera* (2010), de Juan Pablo Villalobos, *La Prueba del ácido* (2010), de Élmer Mendoza, *Sicario: diario del diablo* (2009) y *Conspiración: la hora del narcoterrorismo* (2011), de Víctor Ronquillo, *Hielo negro* (2011), de Bernardo Fernández, y *El Sinaloa* (2012), de Guillermo Rubio, refieren intrínsecamente eventos ligados con el tráfico de drogas y la realidad social de México. Así, desde distintas ópticas relatan la excesiva violencia perpetrada por los capos de la droga y ejecutada por sicarios,¹⁶ dando testimonio, desde la ficción, de un nuevo orden político-económico.

Textualmente, y desde una perspectiva sociocrítica, un *ideosema*¹⁷ es un elemento discursivo que establece una relación semántica entre los

¹⁶ La literatura colombiana ha producido innumerables obras donde el personaje central es el sicario: *El pelaito que no duró nada*, Rosario Tijeras, *Sangre ajena*, etc. Esto ha dado paso a que algunos críticos la denominen como novela *sicaresca*. Este término es una variación lingüística del concepto *picaresca*. En aquella, se cuenta la historia de un joven asesino de los barrios marginados de Medellín, al servicio incondicional de los narcotraficantes. Véase Nicholas T. Good body. "La emergencia de Medellín: La complejidad, la violencia y la *différance* en Rosario Tijeras y *La virgen de los sicarios*", en *Revista Iberoamericana*, pp. 441-454.

¹⁷ Para Edmond Cross, la obra literaria, al ser una manifestación de orden cultural, se convierte en un medio discursivo que, implícita o explícitamente, asume una posición ideológica. Por ello, las acciones, los personajes y las palabras tienen un sentido específico cuando se manifiesta una postura y no sólo una manifestación artística. Véase Edmond Cross. (1996). *Literatura, ideología y sociedad*, Madrid: Gredos.

personajes y el relato. Éste formará parte del discurso narrativo para sustentar un planteamiento generalizado en cualquier tipo de género literario: “un *ideosema* guarda una relación muy estrecha entre lo histórico de la situación social ‘real’ en que el texto se recrea y las relaciones discursivas que caracterizan ciertas prácticas ideológicas.”¹⁸ En otras palabras, es una recurrencia textual que manifiesta códigos ideológicos, culturales, sociales, etc.

En la narconarrativa, persiste una marcado *ideosema*: perpetuar la violencia como única alternativa para establecer un régimen que se adapte a intereses de poder y económicos. Sus prácticas violentas, antes de buscar la legitimación, obedecen a aspectos estrictamente pragmáticos, que, al parecer, son indispensables en este negocio: la guerra entre grupos delictivos por la posición de una plaza, la venganza de un poderoso capo o ajuste de cuentas. En síntesis, la violencia presente en las obras antes mencionadas constituye un claro ejemplo de la preocupación, por parte de los escritores, por recrear, desde la ficción, sucesos, personajes y puntos de vista sobre esta problemática, bien conocida en la realidad.

En novelas como *El vuelo*, *Conspiración: la hora del narcoterrorismo*, *Hielo negro*, *Fiesta en la madriguera*, *El Sinaloa*, etc., se expone como una transgresión sinsentido, desproporcionada, anómala, opuesta a la violencia “normal” o espontánea que se genera en estructuras sociales como la familia, la escuela y sectores vulnerables. De este modo, en la narrativa mexicana del narcotráfico la violencia es patológica y corruptora, pero

¹⁸ Araya Araya, Karla. “Discurso social en *La frontera de cristal. Una novela en nueve cuentos*, de Carlos Fuentes: entre la pérdida, el apego y el olvido”, en *Literatura Mexicana*, México, Unam, 2009, vol. XX, p. 93.

necesaria. En todas las obras literarias referidas, además de los narcotraficantes, otros agentes de violencia provienen del sector político y de los cuerpos policiacos, quienes, al estar coludidos con los cárteles de la droga, perpetúan el terror en todas los sectores de la sociedad, evidenciando, así, un sistema de gobierno inoperante, con un alto grado de impunidad, incapaz de contrarrestar los tentáculos del crimen organizado. La idea puede evidenciarse en *Contrabando*: “Los judiciales de la Federal, o quienes hayan sido, porque a estas alturas no se puede saber si fueron narcos con credenciales de la Judicial o judiciales con facha de narcos, llegaron a la plaza, bajaron de sus camionetas, sacaron sus pistolas y sus cuernos de chivo, rodearon a la gente que divisaba el baile o que daba vueltas al quiosco.”¹⁹ Sin embargo, también se debe considerar que esta problemática no es privativa de México o América Latina. Esta situación obedece a una economía neoliberal, que regula todo tipo de mercado: “este poderío económico, proveniente de actividades ilegales, contribuye a que la violencia sea el mecanismo preferencial para ganar y mantener los mercados, para garantizar el control y las lealtades internas y enfrentar a los enemigos externos” y para resolver rivalidades y cobrar deslealtades.²⁰ Asimismo, Saúl Franco emplea el concepto de *impunidad ignorada* para explicar la incapacidad del Gobierno y el conformismo de la sociedad para frenar la violencia que genera el crimen organizado. Al respecto, se considera que en nuestras novelas de análisis se puede observar que, por parte de las voces narrativas, persiste una visión de impunidad sistemática, al referir en

¹⁹ Rascón Banda, Víctor Hugo. (2008). *Contrabando*, México: Planeta, p. 87.

²⁰ Franco, Jean. (2005). “En el interior del imperio”, en *El Salto de Minerva: Intelectuales, género y Estado en América Latina*, ed. de Mabel Moroña y María Rosa Rivera Williams, Madrid: Iberoamericana.

distintas ocasiones la desconfianza en el gobierno y en todas sus instituciones de justicia.

El segundo *ideosema* que nos interesa destacar del *corpus* seleccionado es la clara alusión al poder económico, a la ostentación y al consumismo que caracteriza a los cárteles del narcotráfico. Al respecto, Tokatlian asevera que el aspecto contradictorio y complejo de la globalización ha hecho que en distintos ámbitos se construya un proceso dialéctico, caracterizado por el poder creciente del capital y una disminución de poder del Estado. Consideramos que ambos aspectos se ven reflejados, particularmente, en *El vuelo*, *Fiesta en la madruguera*, *Hielo negro*, *La prueba del ácido* y *El Sinaloa*.

De esta manera, podemos demostrar que el narcotráfico se convierte en una forma efectiva de trabajo, producto de la economía y del mercado global. En este sentido, Tokatlian afirma:

Los narcotraficantes son delincuentes que pretenden reconocimiento social: buscan un predominio económico y poderío político sin cambiar el sistema, sino adaptándolo a sus requerimientos. Este poder se manifiesta en su capacidad de erosionar y derrumbar las instituciones sociales, políticas y económicas establecidas, mediante un conjunto de acciones desafiantes y violentas que ponen en evidencia las deficiencias e injusticias del Estado de derecho.²¹

Esta nueva cultura, por supuesto, está definida, en palabras de Abad Faciolince, por una estética o narcotización del gusto, en la cual la ostentación representa la hegemonía y el poder: “El mafioso pone en acto el mal gusto latente de la burguesía. Ésta, al fin y al cabo, siempre ha querido lo mismo que los mafiosos, y no propiamente bibliotecas, parques, conciertos y

²¹ Tokatlian, Juan. (2000). *Globalización, narcotráfico y violencia: Siete ensayos sobre Colombia*. Bogotá: Norma, p. 34.

museos, sino carros, fincas, cemento, caballos, edificios estridentes, música ruidosa, teléfonos celulares.”

De igual forma, los personajes presentes en nuestras obras de análisis – “El Sinaloa”, Lizzy Zubiaga, Tochtli, etc.– manifiestan un claro apego al derroche y la suntuosidad. Esta visión capitalista y de ostentación, además de la violencia, son aspectos que distinguen a la narcocultura. Y en todas las novelas, abundarán ejemplos de esta índole.

Un tercer *ideosema* que detectamos, y que reconocemos como distintivo de la narconarrativa mexicana, es la recurrencia de brujos o videntes, que tienen como objetivo adivinar la suerte de los negocios y el futuro de los capos y narquillos que los consultan. Este rasgo resulta diferente –al menos, en la literatura del narcotráfico colombiana no aparece este tópico– y extraordinario, porque las traiciones, las muertes y las decisiones de los jefes están basadas, la mayoría de las veces, en los consejos y designios que emiten los adivinos. Por ejemplo, en *Trabajos del reino*, “El Rey” deposita todo su poder en la Bruja que lo cura de sus padecimientos de impotencia. De igual forma, se puede observar, en *El vuelo* y en *El Sinaloa*, que los acontecimientos que detonan la historia provienen de los consejos de brujos.

Sin duda, la ferviente fe en santos y brujos –no en vano Jesús Malverde es el santo patrón de los narcotraficantes– proviene de una tradición cultural manifiesta a través de las hondas raíces religiosas en nuestro continente, producto de un sincretismo espiritual. En *El vuelo*, por ejemplo, se fusionan creencias indígenas con prácticas esotéricas. Su personaje central, Rafael Asunción Vizcaya, en sus viajes a Panamá para conseguir cocaína, sostiene

encuentros de carácter onírico con una bruja indígena, manifestando con ello un notorio contraste con la realidad materialista que lo rodea.

En conclusión, se considera que los tres *ideosemas* anteriores enfatizan una posición ideológica que permite comprender los referentes sociales como los agentes culturales representados en el universo narrado. Asimismo, desde una perspectiva sociológica, debemos comprender que el estudio de la literatura exige considerar con el mismo valor de importancia tanto a los elementos internos como a los externos, para poder realizar un acercamiento más completo a nuestro objeto de estudio.

CONCLUSIONES

Dentro de nuestro ámbito literario, la narrativa del narcotráfico se mueve en dos planos: por un lado, en referir la realidad histórica sobre este fenómeno cultural y, por el otro, en recrearla desde una posición ficticia-literaria. A partir de estos dos rasgos, pudimos analizar en qué proporción esta vertiente manifiesta una dislocación o un espacio amenazante, raro o extravagante, que rompe con el contexto y la realidad de la que surge para convertirse en un escenario híbrido y ambivalente. Asimismo, los elementos característicos de la narrativa del narco, como la violencia, el poder, la droga o el dinero, presentan un comportamiento homogéneo, acorde con su espacio y tradición cultural, y están orientados a generar ambigüedad e indeterminación, porque subvierten el contexto familiar del que surgen.

De igual forma, la narrativa del narcotráfico está enmarcada dentro de

una tradición literaria. Por ello, consideramos que tiene gran influencia del género policial y de la novela política. Generalmente, en la narconarrativa abundan policías, detectives, políticos y periodistas como personajes centrales. En varias ocasiones, el relato se organiza en función del descubrimiento o hallazgo –característica del género policial. Por supuesto, cada obra tiene rasgos particulares, como el estilo narrativo, la eficacia estética, la visión del narcotráfico, etc. Aspectos como la violencia, los espacios sórdidos, asesinatos y personajes trastornados son tratados por dos novelistas mexicanos representantes de lo policial: Rafael Bernal y Paco Ignacio Taibo II, en obras como *El complot mongol* y *No habrá final feliz*. Estos mismos rasgos serán incorporados invariablemente en novelas como *Hielo negro*, *El Sinaloa*, *La prueba del ácido* o *El vuelo*. A raíz de este ambiente, surge otra problemática en nuestro país: el narcotráfico. De este modo, en los textos policiacos se narran las condiciones sociales, políticas y culturales por las que pasa México. A la postre, estos elementos también serán retomados por la narrativa del narco.

BIBLIOGRAFÍA

- ARAYA ARAYA KARLA. (2009). "Discurso social en *La frontera de cristal. Una novela en nueve cuentos*, de Carlos Fuentes: entre la pérdida, el apego y el olvido", en *Literatura Mexicana*, México: UNAM, vol. XX.
- AZALOA, ELENA. (2012). "Las violencias de hoy, las violencias de siempre", en *Desacatos*. Septiembre-diciembre de 2012. Núm. 40.
- CABAÑAS, MIGUEL. (2005). "Un discurso que suena. Élmer Mendoza y la literatura mexicana nortea", en *Espéculo*. Núm. 31. Véase <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero31/emendoza.html>>.
- CAMPBELL HOWARD. (2007). "El narco-folklore: narrativas e historias de la droga en la frontera", en *Nósis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. Vol. 16, núm. 32.
- DE LA O, MARÍA EUGENIA. (2012). "Narcotráfico y literatura", en *Revista Desacatos*. Enero-abril.
- FERNÁNDEZ, BERNARDO. (2011). *Hielo negro*, México: Mondadori.
- FRANCO, JEAN. (2005). "En el interior del imperio", en *El Salto de Minerva: Intelectuales, género y Estado en América Latina*. Ed. de Mabel Moroña y María Rosa Rivera. Madrid: Iberoamericana.
- FRANCO, SAÚL. (1999). *El quinto: no matar*. Bogotá: Tercer Mundo.
- GIARDINELLI, MEMPO. (1996). *El género negro*. México: Uam. González Rodríguez, Sergio (2009). *El vuelo*. México: Mondadori. Herrera, Yuri (2004). *Trabajos del reino*. México: Conaculta.
- MENDOZA, ÉLMER. (2010). *La prueba del ácido*. México: Tusquets Editores.
- MORAÑA, MABEL. (2002). *Espacio urbano: comunicación y violencia en América Latina*. Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- OROZCO Y VILLA, ALEJANDRO. (2012). "Literatura del narco: los detalles pendientes", en *Animal Político*. Octubre.
- PARRA, EDUARDO ANTONIO. (2005). "Norte, narcotráfico y literatura", en *Letras libres*. México, octubre. Véase <<http://www.letraslibres.com/>>.
- PALAVERSICH, DIANA. (2007). "La nueva narrativa del norte: moviendo fronteras de la literatura mexicana", en *Symposium*.

- POLIT DUEÑAS, GABRIELA. (2006). "Sicarios, delirantes y los efectos del narcotráfico en la literatura colombiana", en *Hispanic Review*. Primavera.
- RASCÓN BANDA, VÍCTOR HUGO (2008). *Contrabando*. México: Planeta. Reguillo, Rosana. "De las violencias: caligrafía y gramática del horror", en *Desacatos*. Septiembre-diciembre de 2012. Núm. 40.
- RONQUILLO, VÍCTOR. (2011). *Conspiración: la hora del narcoterrorismo*. México: Ediciones B.
- (2009). *Sicario: diario del diablo*. México: Ediciones B.
- RUBIO, GUILLERMO. (2012). *El Sinaloa*. México: Terracota.
- TOKATLIAN, JUAN. (2000). *Globalización, narcotráfico y violencia: Siete ensayos sobre Colombia*. Bogotá: Norma.
- VILLALOBOS, JUAN PABLO. (2010). *Fiesta en la madriguera*. Barcelona: Anagrama.